

DANIEL FOPIANI

EL LINAJE
DE LAS
ESTRELLAS

DANIEL FOPIANI
EL LINAJE DE LAS ESTRELLAS



© Daniel Fopiani, 2024

Editabundo Agencia Literaria, S. L.

www.editabundo.com

© Editorial Planeta, S.A., 2024

Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

Imágenes de interior: ídolo tibetano, © Jesús Sanz; retrato de Maria Orsic, © Àlvar Salom / Salomart; cuevas de María Moco, cortesía © Oscar A.C.V.; Biblioteca, cortesía de Ministerio de Defensa. Real Instituto y observatorio de la Armada; Panteón de los Marinos Ilustres, cortesía de Escuela de Suboficiales de la Armada, Armada Española, del Ministerio de Defensa

Iconografía: Grupo Planeta

Primera edición: mayo de 2024

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 7.182.2024

ISBN: 978-84-670-7264-8

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impresión: Unigraf, S. L.

Impreso en España-*Printed in Spain*



1

*Panteón de Marineros Ilustres, San Fernando,
21 de julio de 2023*

De la misma manera que lo hacen las bandadas de pájaros, las carcajadas trazaban piruetas por el amplio espacio del mausoleo. Las risas de los turistas revoloteaban primero por las altas bóvedas del panteón, para luego dejarse caer como bocas que vuelan entre los nichos, los bancos de madera y las tallas de los santos.

—Y ahora, si miráis arriba, podréis ver esta impactante lámpara votiva que cuelga de la cúpula del crucero.

Los turistas levantaron los ojos, a la vez que algunos alzaban los brazos con el índice erecto, como si fuese necesario señalar aquella mole gigantesca que se suspendía frente al altar mayor. La claridad diagonal que descendía de las vidrieras coloreaba con suaves reflejos cada uno de los rostros del grupo de visitantes. Esa luz, que convertía en oro el polvo que flotaba en el aire, debía de encontrarse muy cerca de la que uno espera encontrar en el reino de los cielos.

—A ver, acercaos por aquí, que se me escuche bien. Desde esta posición podréis apreciar que la lámpara está decorada con treinta y dos escudos heráldicos, representativos de algunas de las ilustres personalidades enterradas

en este mausoleo. Está forjada en latón y plata; pesa más de quinientos kilos y el cable que la sustenta sobre vuestras cabezas tiene menos de un centímetro de diámetro. Yo, siempre que puedo, evito pasar por debajo de ella.

Más risas.

Una joven del grupo miró enamorada al chico que la acompañaba.

Sergio Torrecilla, popularmente relacionado con el mundo del carnaval y las artes escénicas, hizo un remedo de reverencia para que el grupo progresase hacia la siguiente sala. Los visitantes avanzaron, pero lo hicieron con pasos silenciosos, respetando el carácter de recinto sagrado, como para no molestar a los muertos que descansaban bajo sus pies.

Ver el turno de tarde sobre la agenda de trabajo era lo que menos le entusiasmaba a Sergio, pero siempre se esforzaba por intentar disfrutar con cada grupo. Que la oficina de turismo de San Fernando hubiese ampliado los horarios de visita en los meses de verano era señal de la creciente atracción que había suscitado el edificio en los últimos años. Desde que entró allí a trabajar como guía, había logrado crear verdadero interés por la historia del panteón y las aventuras vividas por los marinos ilustres que allí yacían. Eso lo colmaba. Le inflaba el pecho de orgullo bajo las diminutas esferas de cristal que formaban las miradas de los santos. La satisfacción, el regocijo proveniente del trabajo bien realizado, era tan poderoso que lograba transmitir su energía a través de las vibraciones del discurso.

—Y esta enorme estructura dorada que tenéis delante de vuestros ojos conforma el retablo del altar mayor. Si os fijáis bien, veréis que la sacristía que se encuentra a sus pies simula el puente de mando de un buque. —Los visi-

tantes observaron a su alrededor con cara de saber lo que oían, como si les avergonzase confesar que nunca habían pisado el puente de mando de un barco—. La imagen que preside el altar es de la Virgen del Carmen, patrona de los marinos, tallada en madera de cedro por el imaginero sevillano Alarcón en 1952. No me negaréis que es una verdadera obra de arte.

El guía ofreció unos segundos de cortesía para que los ojos de los visitantes descansasen sobre los dos ángeles lampareros que custodiaban a la Virgen, o para que les diese tiempo a leer la inscripción grabada sobre el lapidario de mármol negro que permanecía junto a ella: «A todos los marinos, independientemente de su graduación, que han servido con honestidad y honor a la Armada». Pero Sergio no se demoró en levantar una mano y llamar la atención desde la nave lateral. Las habilidades comunicativas no eran la única cualidad que había desarrollado con el paso de los años; entre otros talentos, se encontraba el de moverse por el edificio cuando la gente miraba para otro lado, como un ilusionista.

—Ahora vamos a conocer uno de los rincones más conmovedores de todo el templo. Nos dirigimos hacia la nava del cenotafio, o salón de símbolos, que suena así como más misterioso. —Labios que se estiran y crean sonrisas—. Venid, venid, pasad por aquí; id avanzando sin miedo. Ya veréis por qué siempre la dejo para el final. Cuidado, que no hay mucho espacio dentro de la sala. En su centro encontraréis un gran estanque circular que contiene agua de los cinco océanos, construido en memoria de los marinos que yacen en sus profundidades.

Sergio se quedó a unos pasos del gran pórtico de madera, como siempre, para entrar en último lugar y permanecer junto a la entrada, desde donde podía aprovechar la acús-

tica que ofrecía la sala gracias a la superposición de la bóveda sobre el depósito de agua. Como en cada una de las últimas visitas, se disponía a añadir que, poco tiempo antes, se habían vertido en el estanque aguas procedentes del fondo de la fosa de las Marianas y de las proximidades de la isla de Guam, pero algo distrajo su atención en la zona de la entrada.

La fila de visitantes dejó de avanzar de golpe.

La joven que encabezaba el grupo permanecía inmóvil tras haberse adentrado un par de pasos en el salón de símbolos. Parecía bloqueada, desorientada, sin ser capaz de digerir la información que le llegaba como a través de un cristal rojo. Un mar de sangre. Cuando comenzaron a perfilarse algunas telas de realidad, las manos se le fueron solas a la boca, como para taparse el espanto.

En el estanque del cenotafio, flotaba el cuerpo mutilado de un cadáver que la observaba con un solo ojo.

De la garganta de la chica escapó un alarido devastador.

Y las risas, que aún revoloteaban en forma de eco entre las bóvedas del templo, huyeron espantadas con un aleteo apresurado.

2

Universidad de Cádiz, Facultad de Filosofía y Letras

—En algunas ocasiones, la ciencia, la filosofía y la teología deben unirse para intentar responder ciertas preguntas. Cuando se tratan temas especialmente complejos, es necesario estudiar las diferentes formas de entender el mundo y, probablemente, la incógnita que más se ha discutido desde estos tres puntos de vista es el origen del universo.

Ezequiel se giró para señalar con el puntero láser la pantalla gigantesca que quedaba a su espalda, donde se proyectaba la primera diapositiva de PowerPoint de la conferencia. «EL ORIGEN DEL ESPACIO-TIEMPO». En letras mayúsculas y blancas, colocadas sobre un fondo oscuro con algunas motas de colores: una fotografía del espacio profundo realizada por el nuevo telescopio James Webb.

La decana de la Facultad de Filosofía y Letras lo había presentado ante el reducido público hacía apenas unos instantes. De pasada, como con prisas y apoyándose en un iPad donde tenía las notas, comentó que el padre Ezequiel ingresó en la Compañía de Jesús antes de realizar estudios de lenguas clásicas y que, tras ordenarse a los treinta años, obtuvo un máster en astrofísica, física de partículas y cosmología en la Universidad de Barcelona.

Después de eso, creando cierto suspense, conectó la tableta al portátil que permanecía abierto sobre el estrado y, en la gran pantalla, apareció el páter sentado en una silla *gamer* frente a Jordi Wild. Hizo referencia a su entrevista en *The Wild Project*, que superaba ya el millón de reproducciones, y los asistentes comenzaron a murmurar mientras el cura agachaba la cabeza ocultando la vergüenza. En ese movimiento, se hizo aún más evidente el hemangioma rosado que le ocupaba la mayor parte de su pómulo derecho. Una mancha que mostraba los vasos sanguíneos muy cerca de la piel y que le había labrado el sobrenombre de Carasucia.

—Durante siglos se ha pensado que el universo ha existido siempre. Y es precisamente la ciencia la que nos lleva a decir que esto no puede ser así. —El sacerdote pulsó uno de los botones del puntero láser. A su espalda, apareció la imagen de una esfera gigantesca envuelta en llamas—. Una de las preguntas que puede hacerle un niño a su padre es: «Papá, ¿por qué brilla el sol?». Y nuestros antepasados podrían contestar: «Pues porque está hecho de una cosa brillante, niño».

Ezequiel, embutido en una americana negra sobre la que destacaba el alzacuellos blanco, entonó esta última frase del mismo tono que si fuese un padre respondiendo a su hijo de mala gana.

Las profesoras de la primera fila estallaron en una risa nerviosa.

—Pero decir que el sol brilla porque está hecho de un material brillante es lo mismo que no decir nada, ¿verdad? El astrofísico británico Arthur Eddington —ahora, en la pantalla del proyector, una fotografía del científico en blanco y negro— dedujo que el sol brilla porque genera energía, y que esa energía se origina gracias a la fusión nuclear que se produce en el interior de la estrella, donde el

hidrógeno se convierte en helio. Este proceso, además de liberar fotones, crea una gran cantidad de energía que mantiene vivas a las estrellas. Entre ellas, nuestro sol.

El sacerdote se movía por la tarima con desenvoltura y naturalidad. El cañón de luz del proyector lo deslumbraba cada vez que cometía el error de mirar hacia el fondo de la sala, como si esos astros de los que hablaba hubiesen descendido desde los cielos para atestiguar que todo lo que allí se decía era cierto.

—Pero siendo esto así, es lógico pensar que llegará un momento en que ese combustible se agote y que las estrellas terminen apagándose. Si el universo hubiese existido siempre, las estrellas ya no brillarían, ¿no? La ciencia se ve obligada por su propio raciocinio a decir que el universo no puede ser eterno, que debió tener un inicio.

Las cabezas de algunos estudiantes permanecían agachadas, escrutando los teléfonos móviles que escondían entre sus piernas. El público de la conferencia, organizada por el servicio de extensión universitaria, estaba formado en su mayor parte por alumnos que se habían arrastrado hasta la facultad con el único interés de obtener los pocos créditos que recibirían por asistir al programa de verano. Solo se les requería estar allí de cuerpo presente durante la hora de aquella ponencia; no se les exigía ningún esfuerzo intelectual ni de comprensión, por lo que, si empleaban el tiempo visionando tiktoks, la recompensa sería la misma. Ezequiel atendía a esas charlas en institutos y universidades siempre que sus obligaciones como párroco se lo permitían, pero, en determinadas ocasiones, dudaba de que los asistentes estuviesen motivados para el tipo de teodiceas que solía impartir.

«Total, seguro que me han invitado a esta conferencia gracias a mis apariciones en YouTube».

—Si el universo que conocemos no es eterno, entonces, ¿qué edad tiene y cómo comenzó? ¿Cómo se creó? Se ha llegado a demostrar que el universo está en continua expansión, y, si el universo se expande, quiere decir que, en su inicio, debía de ser mucho más pequeño. Lógico, ¿no? Si damos marcha atrás en el tiempo —el sacerdote acercaba las dos palmas de las manos, encogiendo el espacio que había entre ellas—, tiene que llegar un momento en que todo el universo ocupaba un tamaño menor que una manzana. Y si aún seguimos rebobinando hacia atrás, nos encontramos con un universo que mide menos que la cabeza de un alfiler, incluso que un átomo.

Hizo una pausa estratégica en su soliloquio para que el público tuviese tiempo de interpretar la información y que en el interior de cada uno de esos cráneos naciese un universo primigenio, donde los árboles, el mar, los sueños y los seres queridos de cada uno de los presentes estuviesen comprimidos en un espacio menor que una mota de polvo. Introdujo una mano en el bolsillo de su pantalón negro y comenzó a pasear por el escenario. El corte de pelo militar y la pulcra vestimenta oscura lograba transmitir a la audiencia una potente impresión de higiene física y mental, de limpieza moral.

—¡Ah! ¿Y cómo era entonces ese universo diminuto? —El capellán elevó la voz a conciencia, para despertar a los alumnos de sus cavilaciones y llamar de nuevo su atención—. Los cálculos de la física dicen que debía de ser un universo enormemente caliente y denso.

De nuevo, la gran pantalla de su espalda cambió de imagen para mostrar una fotografía de Georges Lemaître. Una mirada en blanco y negro, de otro tiempo, observaba a las nuevas generaciones de estudiantes a través de unas gafas de cristales redondos y diminutos.

—Esta teoría la propuso primero un sacerdote belga llamado Georges Lemaître, al que terminaron llamando «el padre del *big bang*». Llegó a la conclusión de que el universo tenía que haber comenzado con una enorme explosión que, en un primer momento, sirvió para que el universo se expandiese. Y uno se puede preguntar: pero, antes de esa explosión, ¿qué hubo?

El sacerdote había levantado las manos de la misma manera que lo hacía cuando leía la palabra de Dios en la parroquia, como para otorgar un carácter divino a esta pregunta primordial. Valoró la posibilidad de citar algo sobre las últimas teorías inflacionarias cuando, de pronto, algo comenzó a vibrar en su muñeca derecha.

Deshizo la postura y echó un rápido vistazo a su *smartwatch*, donde la imagen digital de Rick y Morty siendo tragados por un agujero negro desapareció de la pantalla para dar paso a un teléfono verde que se agitaba.

Tenía una llamada entrante.

Dejó que siguiese dando tono y continuó:

—La respuesta, queridos, es que no hubo un antes. Hawking dijo que intentar ver antes del *big bang* es lo mismo que intentar ir más al sur del Polo Sur. Por lo que, una vez que tenemos la parte científica, la que demuestra que hablar de un antes no es correcto porque no existía ni espacio ni tiempo, solo nos queda buscar respuestas en la filosofía. Esta nos dice que todo lo que comience a existir debe recibir la existencia de otro, porque la *no existencia* no puede darse existencia a sí misma.

Durante un par de segundos, el reloj de su muñeca había dejado de vibrar, pero ahora volvía a hacerlo de nuevo, con insistencia.

—Entonces, la filosofía nos está diciendo que es necesario un creador no material, antes de la materia, y que no

esté tampoco sujeto a las leyes de la física ni del tiempo. Que, además, pueda hacer que surja algo de donde previamente no había nada, y esto es exactamente...

El sacerdote se quedó en silencio, mirando la pantalla del reloj donde también tenía enlazada su cuenta de WhatsApp. Antes de que desapareciese el último mensaje recibido, pudo leer: «Llámeme de inmediato, es urgente».

Introdujo la mano en el bolsillo del pantalón donde guardaba el teléfono móvil y vio cuatro llamadas perdidas del comandante director de la Escuela de Suboficiales de la Armada. Su trabajo también consistía en ofrecer servicio eclesíástico a los alumnos aspirantes de la escuela, pero siempre trataba con el director en el propio cuartel; nunca antes lo había llamado por teléfono. Aún menos fuera del horario lectivo.

—Lo siento, pero me parece que me vais a tener que disculpar un par de minutos.

Mientras caminaba hacia la salida de emergencia situada en uno de los laterales del escenario, un murmullo generalizado comenzó a expandirse por el auditorio. Las profesoras de la primera fila intercambiaron algunas miradas de confusión.

Una vez fuera, el sacerdote se paró junto a un extintor colgado en la pared y pulsó el botón verde de rellamada. No le dio tiempo ni a colocarse el teléfono en la oreja cuando ya respondieron al otro lado:

—¿Padre Ezequiel?

—Buenas tardes, mi teniente coronel.

El comandante director de la Escuela de Suboficiales ostentaba el empleo de capitán de fragata, equivalente a teniente coronel de otros ejércitos.

—Madre mía, páter, he intentado localizarle por todos los medios.

—Ya, es que me pilla usted en medio de una...

—Da igual, deje lo que esté haciendo y preséntese inmediatamente en el Panteón de Marinos Ilustres.

—¿Cómo dice?

A pesar de llevar más de ocho años desempeñando funciones de capellán castrense, no estaba acostumbrado a recibir órdenes, como tampoco lo estaba a percibir desesperación, incluso terror, en la voz de un oficial superior.

—Necesito que vaya para allá cuanto antes. Ya sé que el responsable de la seguridad del panteón por graduación soy yo, pero es usted el que pasa más tiempo en el mausoleo y mejor lo conoce. Todo esto me ha pillado de vacaciones con la familia en Madrid, ahora mismo tengo a mi mujer llamando a Renfe desde su teléfono, a ver si podemos conseguir un billete de última hora para esta noche. —El teniente coronel hizo una pausa, como para lamentarse—. Necesito que haya alguien de confianza que controle la situación hasta que yo vuelva. Es importante.

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué es lo que ocurre?

Al otro lado de la línea se hizo el silencio, como si el mando se perdiese en un océano de pensamientos.

—Algo horrible, páter. Horrible.